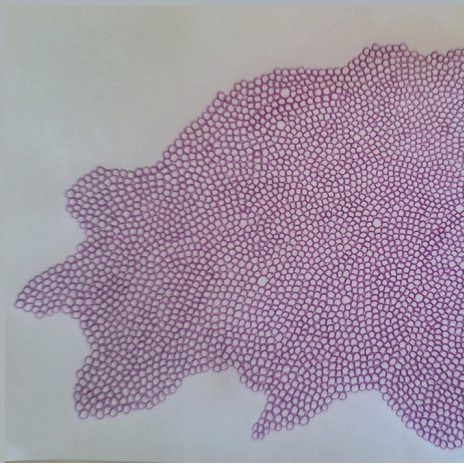


Bilingüisme

Y CURSILERÍAS

Desde el borde Zine

N.º 02 · 2025



Nota al lector

Los relatos no siguen un orden cronológico. Están escritos como llegan algunos recuerdos: a destiempo, enlazándose unos con otros y cobrando sentido a medida que avanza la historia.

Los diálogos están en castellano y catalán.

A ti, a mí y a todos aquellos
diagnósticos que llegaron tarde.

Trucar a casa

Marc está en el suelo del salón, revisando la torre de discos, cuando encuentra la carátula.

—Bruno, ¿esto de quién es?

Bruno mira desde el sofá, apenas un segundo.

—Ah. Eso es de Iria.

Marc pone cara de pregunta, esperando que Bruno continúe.

—No sé, mi novia que escucha cosas raras.

Marc le da la vuelta al disco, lee el nombre otra vez. Lee el año: 2005. Dos años desde que salió el disco, piensa.

Cuando Iria entra, con el mate y un vaso de agua, Marc todavía lo tiene en la mano.

—¿De qué conoces a Mishima?

—Leí algo en un foro. Después salió en la Rockdelux. Me picó la curiosidad y lo compré.

Marc se la queda mirando un momento, sin decir nada.

—¿Qué?

—Nada.

Se queda callado, mirando la carátula otra vez, y por fin lo pone en el equipo, con esa parsimonia suya. Suena la primera canción. Marc la escucha con los ojos medio cerrados, la cabeza apoyada en el sofá.

—Esta primera canción es muy bonita. Y la letra es...

Cert, clar i breu, susurra Marc en voz baja.

—Ya. La guitarra... La voz de la chica que canta en en esta canción...

—¿La entiendes?

—No —dice Iria—. Bueno. Algo. Pero poco

Marc no dice nada más. Sigue escuchando, Bruno cambia de canal en la tele sin volumen, e Iria se sienta en el suelo también, al lado de Marc, sin decir nada, dejando que la canción siga hasta el final.

Cuando termina la canción, nadie se mueve a cambiarla. Suena la segunda

—Hay una canción del disco que me gusta escuchar cuando voy por la calle. Me da la sensación que mis pies y la batería van al mismo ritmo.

—¿Cuál? —pregunta Marc.

—Miquel a l'accés 14.

—Ah... Y de esa ¿entiendes lo que dice?

—Algo. Poco.

Marc piensa en la letra de esa canción pero no dice nada aunque la mira.

—¿Cómo lo encontraste tú? —pregunta Iria—. A Mishima.

—Un amigo en Barcelona me pasó un disco. Hace un par de años.

—¿Y te gustó desde el principio?

—No del todo. Tuve que escucharlos unas cuantas veces. Bruno se levanta, va hacia la cocina, los deja a los dos solos un momento sin decir nada.

—¿Y ahora? —dice Iria—. ¿Te sigue gustando igual?

Marc lo piensa, mirando la carátula en el suelo.

—Más.

Iria sonríe, se queda mirando el equipo, la lucecita roja parpadeando.

—Yo lo compré por lo que leí. En el foro, luego en la revista.

La curiosidad, más que otra cosa.

—Eso pasa a menudo.

—¿El qué?

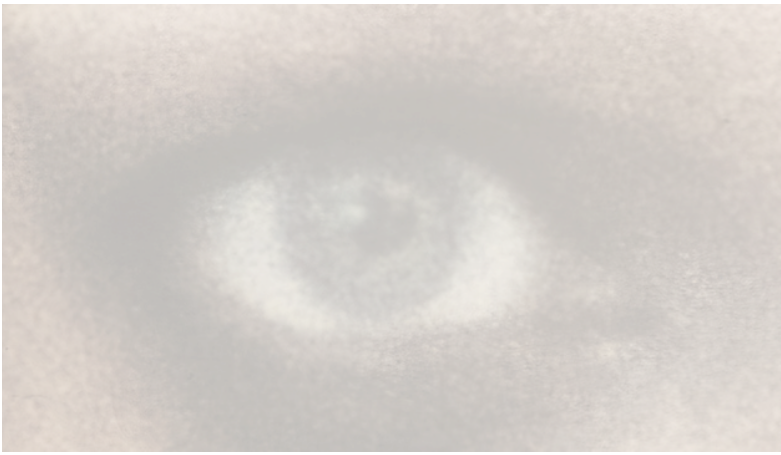
—Que te interesa algo antes de entender por qué.

—Bueno, pero yo sé por qué.

Bruno vuelve con una bolsa de patatas, se sienta otra vez en el sofá, sin prestar mucha atención.

Marc sigue escuchando la canción, la mirada perdida en algún punto de la pared.

—¿En Chile hay grupos similares?



La migdiada

Iria apoya la cabeza en Marc. Él le acaricia el pelo, la cabeza. Hunde la nariz en su pelo.

—Que bé fas olor.

Iria no responde.

—¿Iria?

Está dormida.

Marc sigue acariciándola un momento más. Después se levanta despacio, coge el cuaderno, empieza a escribir. No sabe cuánto tiempo pasa.

Iria se remueve, se despierta.

—¿Cuánto he dormido?

—No lo sé, hace rato que no miro el teléfono. Quizá dos horas. O tres.

—Hacía mucho que no conseguía dormir tan bien.

—Lo sospechaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Una canción.

—¿De qué trata?

—No lo sé todavía. Solo apuntaba lo que me salía mientras te miraba dormir.

—¿Me la tocarás algún día?

—Clar...

—¿Cómo se llamará?

—La migdiada, quizá.

—Me gusta.

—A mí también.



El problema

Todavía no había recuperado del todo la respiración cuando lo dijo.

—Me he metido en un problema.

Él estaba boca arriba a su lado. No dijo nada. Esperó.

—Mi cuerpo —dijo Iria— acaba de recibir información que no tenía. Y ahora la tiene. Y no se puede devolver... no, no creo que se pueda devolver.

—¿Qué información?

Iria miró el techo. El techo no tenía respuesta pero era una superficie neutra y en ese momento necesitaba una superficie neutra.

—Que esto es posible... Que yo soy capaz de esto. No lo sabía. O lo sabía en teoría pero la teoría y esto —hizo un gesto vago con la mano que abarcaba la cama, su propio cuerpo, el aire entre los dos— no son la misma cosa.

Marc giró levemente la cabeza hacia ella.

—¿Cuántas veces? —dijo.

No era una pregunta de ego. Iria lo supo por el tono, que era el mismo que usaba cuando necesitaba datos reales para entender algo, para comprender.

—No las conté —dijo Iria—. Nunca las había contado porque nunca había habido suficientes para que contar tuviera sentido.

Él guardó silencio.

Pero Iria supo, por cómo habló ese silencio, que él sí.

—El problema —continuó Iria— es que el cuerpo aprende. Es su función. Aprende y después no acepta menos. No por voluntad. Por biología. El umbral se desplaza y ya no vuelve a su posición original.

—¿Eso es el problema?

—Eso es el problema.

Marc no respondió de inmediato. Iria podía sentir el calor de su cuerpo sin tocarlo, que era ya de por sí demasiada información para el sistema.

—¿Y yo soy el problema? —dijo él.

—Tú eres la causa del problema —dijo Iria—. Es distinto.

—¿Es distinto?

—El problema lo tengo yo. Tú solo has alterado una variable que llevaba toda mi vida en un valor que resultó ser incorrecto.

Él se quedó quieto procesando esto. Iria conocía ese silencio: estaba construyendo algo antes de decirlo.

—¿Qué valor tenía la variable? —dijo.

—Cero —dijo Iria—. O cerca de cero. Lo suficientemente bajo para que el sistema lo considerara el estado normal y organizara todo lo demás alrededor de eso.

—¿Y ahora?

—Ahora el sistema tiene que reorganizarse. Y la reorganización —dijo— consume recursos que no había presupuestado para esto.

Él soltó algo que podía confundirse con una risa, pero que no lo era.

—Ho sento —dijo.

—No lo sientes.

—No —admitió—. No ho sento.

Iria tampoco lo sentía. Ese era precisamente el problema: que no lo sentía en absoluto y que eso era irreversible y que la próxima vez el cuerpo ya sabría lo que era posible y lo exigiría con la indiferencia metódica con que los cuerpos exigen las cosas que han aprendido a necesitar.

—La próxima vez —dijo Iria— mi cuerpo no va a querer menos.

—Ho sé.

—¿Lo sabes?

—Ho sé —repitió él, y lo dijo de una manera que significaba que no era información nueva para él, que él ya lo había sabido antes, que él había sabido lo que estaba haciendo aunque no hubiera dicho nada.

Iria giró la cabeza hacia él por primera vez desde que había empezado a hablar. Lo miró. Él la estaba mirando ya.

—¿Tú lo sabías? —dijo.

—Ho sospitava...

—¿Y no dijiste nada?

—Què hauria hagut de dir?

Iria no respondió porque no había respuesta. No había protocolo para avisar a alguien de que está a punto de aprender algo que no podrá desaprender. O si lo había, nadie se lo había enseñado a ninguno de los dos.

—Esto es un problema —repitió Iria, pero esta vez sin la frialdad de antes. Esta vez con algo debajo que no era el

miedo, ese miedo… pero que usaba o pasaba por el mismo sistema nervioso.

Él extendió la mano. La dejó sobre la cama entre los dos, hacia arriba, sin decir nada.

Iria la miró.

El cuerpo ya sabía lo que quería hacer. El cuerpo había actualizado sus parámetros sin pedir permiso y ahora operaba con información nueva y sin instrucciones de manejo y sin carpeta asignada y sin ningún formulario que cubriera esta situación específica.

Puso su mano encima de la de él.

—Un problema muy concreto —dijo.

—Sí —dijo él.

—Que no tiene solución.

—No —dijo él.

—Solo tiene continuación.

—Sí.

Fuera la calle seguía. Siempre seguía, como cualquier día a esa hora. Todo seguía siempre.

las horas, la calles... No habían sido informadas de nada y el tiempo no tenía intención de detenerse por eso.

El cuerpo de Iria, que tampoco tenía intención de detenerse, registró el calor de la mano de Marc con la precisión silenciosa de algo que acaba de entender que ya no va a poder fingir que no sabe lo que sabe.

El umbral, desplazado, no volvió a su posición original.

No iba a volver.





Sin remedio

Marc coge la guitarra, algo nervioso, la mira a Iria a los ojos un segundo antes de empezar.

—Vaig fer una versió d'una cançó de Camilo Sesto... molt cursi. Per al teu aniversari.

Empieza a tocar, la voz baja, algo insegura al principio.

La canción habla de querer a alguien sin remedio. De volver a elegir a esa misma persona, incluso si pudiera empezarse todo desde cero.

Iria se queda quieta, escuchando.

Marc sigue cantando con más soltura ahora, los ojos cerrados en algunos versos. A veces los abre y mira a Iria. Ella piensa en lo azules que son los ojos de él algunos días.

—Una de las veces que lo dejamos... l'escoltava pensant... pensant en tu.

Termina y se queda con la guitarra apoyada en la pierna, la cabeza ligeramente inclinada, sin mirarla del todo.

—Bueno —dice, casi riéndose de sí mismo—, sembla que canto com un jubilat... un jubilat des de la residència.

Iria no se ríe. Se queda seria, algo pensativa, mirándolo.

—Marc.

—Digues.

—A veces me da miedo que me quieras así.

—Així com?

—De esa manera. Incondicional. Como si nada pudiera cambiarlo nunca.

Marc deja la guitarra en el suelo, sin saber muy bien qué decir de entrada.

—¿Por qué te da miedo?

—No sé. Nadie quiere así, sin condiciones... no sé.

—Jo no t'estimo sense condicions en tot, Iria. Sóc crític amb tu.

—Ya, pero esta canción no habla de eso.

—Lo sé, por eso te la he cantando y por eso te la explico ahora.











Lo que no se dice

Marc se queda en silencio un momento más, escuchando la respiración de Iria al otro lado del teléfono.

—Iria.

—¿Qué?

—Puc dir-te una cosa?

—Dime.

—Fa vint anys que et conec. I encara em fa por que un dia això deixi de passar-me.

Iria se queda quieta, el cuchillo todavía apoyado en la tabla.

—¿Qué deje de pasarte el qué?

—El pessic. El vertigen. Que un dia et senti normal, com un moble més de casa, i no com això.

—Marc...

—Ho sé que sona absurd, després de tants anys. Però cada vegada que passa, penso: menys mal. Encara hi és.

Iria se apoya contra la encimera. Mira los armarios altos que están todos abiertos. Cierra dos.

—A mí también me da miedo eso, Marc. Que un día deje de dolerme un poco no tenerte cerca.

—Per què li dius "dolor"?

—Porque duele bien. Como cuando algo importa de verdad. Si dejara de doler, significaría que ya no importa igual.

Se queda un momento callado.

—No ho havia pensat així.

—Yo tampoco, hasta ahora mismo.

Se quedan en silencio otra vez, ninguno con prisa por colgar, la distancia entre Madrid y Barcelona sintiéndose, por un momento, mucho más pequeña de lo que es en realidad.

—Marc.

—Digues.

—Cuando vuelvas, quiero que hagamos algo.

—Què?

—No sé. Algo... Que no tenga ninguna razón, solo para recordarnos que seguimos acá, después de tanto tiempo,

sin haber dejado de dolernos el uno al otro de la forma buena.

Marc sonríe, aunque ella no pueda verlo.

—M'agrada aquesta idea.

—A mí también.







La foto

Marc se queda mirando la pantalla, algo cambiado en el chat. Busca el contacto de Iria, y donde antes había una foto de ella riéndose, ahora solo hay un círculo gris vacío.

Se le acelera el pulso. Escribe rápido.

Marc: On és la teva foto?

Pasan minutos sin respuesta. Marc se queda mirando el móvil, la ansiedad subiendo a cada segundo.

Marc: Iria, m'has bloquejat?

Por fin llega la respuesta.

Iria: No te he bloqueado. Borré tu contacto.

Marc: Per què?

Iria: Para no tenerte visible todo el rato. Cada vez que abría el móvil, veía tu cara... bueno, tu chat, y eso alimentaba justo lo que intento parar.

Marc se queda con el móvil en la mano, algo entre el alivio de que no sea un bloqueo real y un dolor distinto, más frío, al entender lo que significa.

Marc: Això em fa mal.

Iria: A mí también. Me ha costado hacerlo.

Marc: Doncs per què ho has fet, si et costava?

Iria: Porque a veces lo que ayuda no es lo que se siente bien en el momento.

Marc se queda mirando la pantalla, sin saber qué contestar.

Marc: I jo? Qué hago?

Iria: Puedes borrarme también, si te ayuda.

Marc: No vull.

Iria: Vale. No te lo estoy pidiendo.



Definición

Pasan unos días más. Una tarde, Marc deja el móvil sobre la mesa, se queda mirando a Iria.

—Iria.

—¿Qué?

—Necesito que definamos esto.

—¿El qué?

—Nosaltres. Què som.

Iria se queda pensando, algo previsible en la pregunta, conociendo ya a Marc.

—¿No podemos simplemente estar, sin ponerle nombre todavía?

—No. Necessito saber-ho.

—Marc, llevamos días juntos, sin salir apenas de casa.

—Ya lo sé. Por eso mismo necesito saber qué es esto. No puedo quedarme aquí en Madrid sin saber si esto es una relación o solo unos días... intensos.

Iria suspira, algo cansada pero también entendiendo la lógica de siempre.

—Vale. ¿Qué necesitas exactamente?

—Saber si som parella. Si això és seriós.

—¿Y si te digo que sí?

—Doncs ho seré tot per a això.

—¿Y si te digo que necesito tiempo para saberlo?

Marc se queda pensando, la pregunta obligándolo a considerar una respuesta que no tenía preparada.

—Doncs esperaré. Però necessito que em diguis un termini, o alguna cosa a què agafar-me.

Iria sonríe, un poco, la estructura de siempre asomando otra vez.

—Marc, acabamos de empezar de verdad otra vez. Hace tres días.

—Ho sé. Però per a mi, tres dies amb això de clar valen més que mesos sense saber res.

Iria se queda pensando, sopesando la petición.

—Vale. Somos pareja. Ya está, lo digo directo, para que no le des más vueltas.

Marc intenta decir algo pero no le sale. La sonrisa no puede, ni probablemente quiera, disimularla..

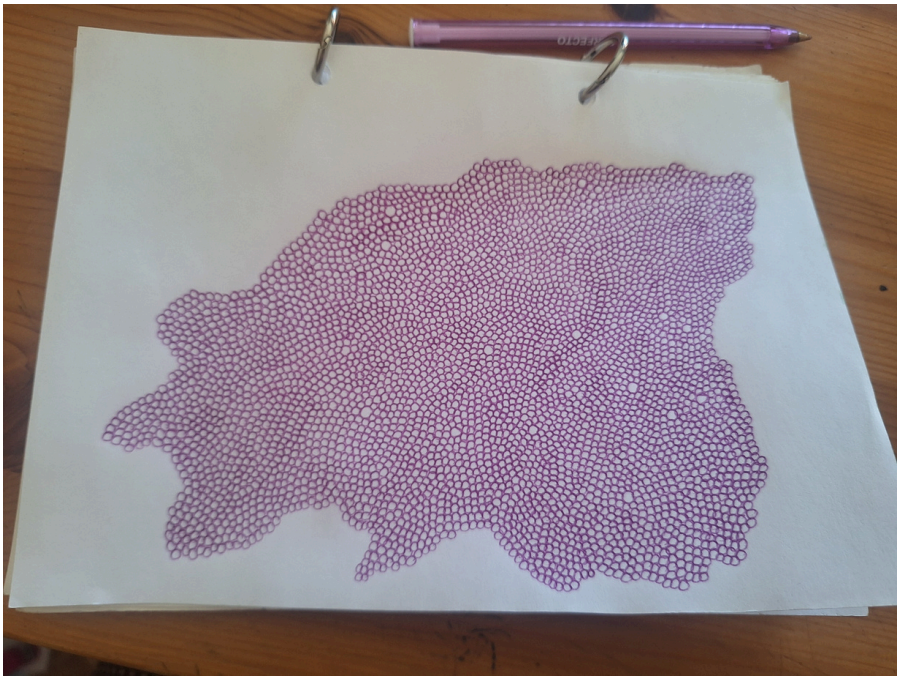
—De veritat?

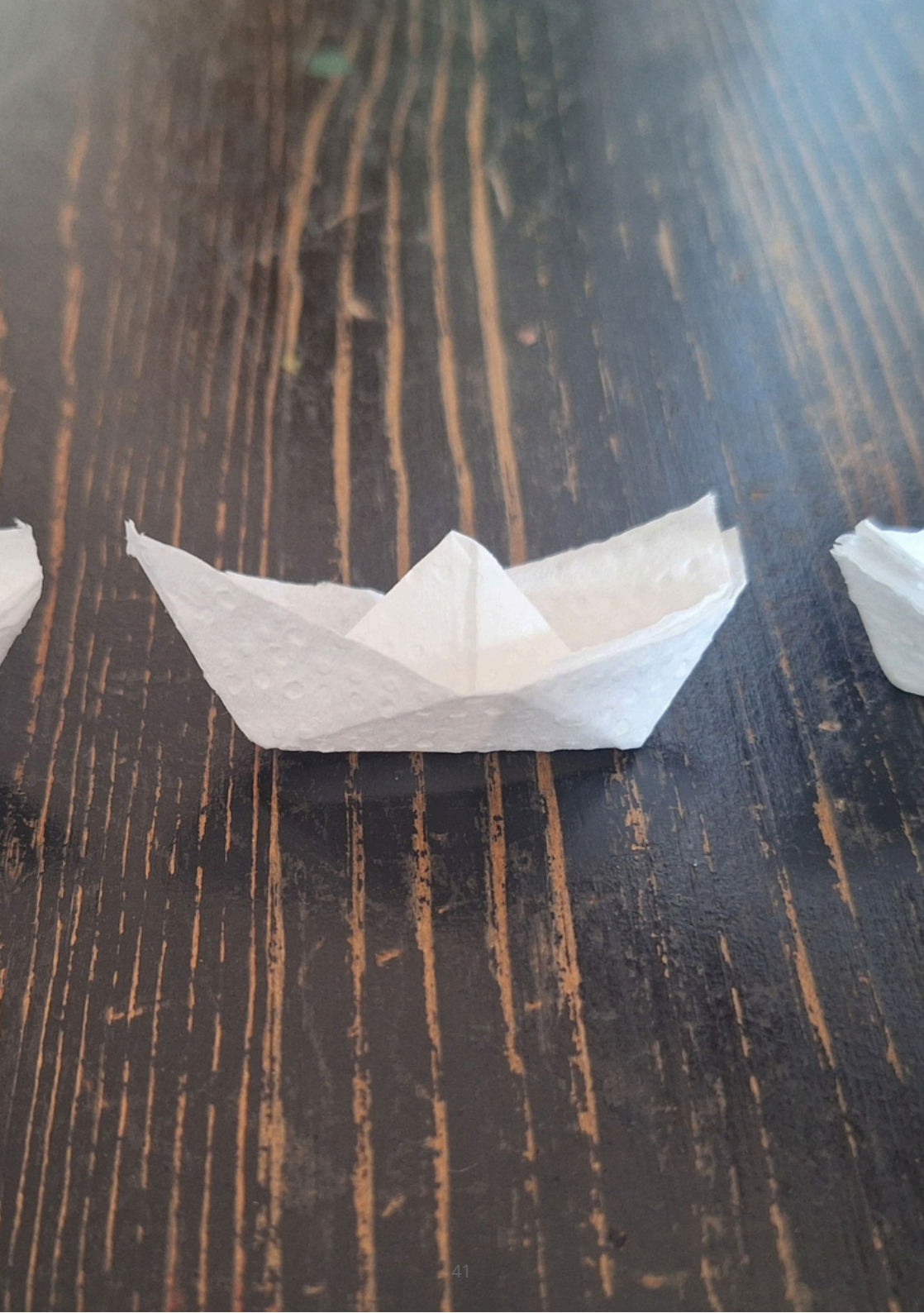
—Sí, Marc. Somos pareja.

—Gràcies.

—No hace falta que me des las gracias por definir lo que ya era obvio.

—Per a mi no era obvi fins que ho has dit.





El evangelio del pirata

Están sentados Pablo, Teresa y otros del grupo. Los de siempre. Los que suelen juntarse a tocar en la Dos de Mayo.

—¿Sabéis que Iria y Bruno ya no están juntos? —dice Teresa.

Algunos confirman que ya lo saben mientras otros ponen cara de sorpresa.

—Sí.

—Ya.

—No es asunto nuestro —dice Pablo.

—Bueno —dice Teresa—. A mí no me gustaría que, porque Iria y Bruno hayan terminado… Porque todos sabemos por qué han terminado.

Nadie dice nada.

—Que ahora el grupo se vaya a… —busca la frase—. Que no podamos seguir juntándonos para tocar.

—No creo que pase eso —dice Pablo.

—¿Pero qué ha pasado con Bruno? —dice alguien

—Pues que Iria se ha ido con Marc —dice Teresa.

—No es cierto —dice Pablo—. Eso no es así.

—Sí —dice Teresa—. Sabes que sí. Y eso no se hace. Eran amigos.

—No... bueno. Tampoco eran tan amigos.

—Bueno —dice otra voz—. Es que Marc no es amigo de nadie.

—¿Cómo que no?— replica Pablo.

—No sé... Es un tío raro. Es callado. No habla. Nunca sabes muy bien qué está pensando. No sabes si es inocente o si se hace el tonto.

—Bueno —dice Teresa—. Iria es parecida, ¿no?

Lo dice evitando mirar a Pablo.

—O sabemos todo... o no sabemos nada. No tiene término medio.

Alguien mira hacia el otro lado de la plaza.

—Ahí viene. Es inconfundible con ese gorro rosa que lleva.

Algunos ríen. Marc aparece a lo lejos. Camina despacio, con la funda cruzada a la espalda. Lleva los auriculares puestos.

Uno solo, el izquierdo.

Se miran entre ellos. Marc llega sin mirar a nadie. Deja la funda en el suelo, abre la cremallera y hace el ruido que hace siempre. Saca la guitarra, la coloca sobre la pierna y comprueba la primera cuerda con el pulgar, comprueba la segunda. Una vez que ha comprobado todo, levanta la cabeza y saluda.

—Hola —responden todos al unísono.

Una paloma pasa cerca. Marc la sigue medio segundo con la vista y vuelve a la cuerda.

—¿Dónde está Iria? —dice Teresa sin premábulo.

Marc levanta la vista y la mira como si volviese de lejos.

—No lo sé.

Vuelve a la guitarra. Las cuerdas suenan sueltas, una a una. Él escucha cada una como si fuera la primera vez que las escucha.

Desde lejos aparece alguien. Teresa mira y hace un gesto a los demás, todos miran menos Marc. El sigue afinando la guitarra. No levanta la cabeza hasta que Pablo le toca con el pie.

Joel estaba ahí, a veinte metros. Camina con las manos en los bolsillos. Se acerca y se une al círculo improvisado.

—Buenas.

—Ey.

—Hola.

Se sienta. Mira alrededor. Hay algo en cómo mira que ya lo dice todo, pero nadie dice nada todavía.

—Mi hermano no ha querido venir.
Teresa mira a Pablo.

—¿Ves? Es lo que decía.

—Bueno —dice Joel—. Ya se le pasará.

Mira a Marc.

—Pero es normal que no quiera venir, ¿no?
Marc tiene la mano sobre las cuerdas. No afina. No toca. La mano está ahí.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Iria está contigo ¿no?

La mano sigue sobre las cuerdas.

—Está en tu casa ¿no? O ¿dónde está Iria?

Marc levanta la vista, mira a Joel y después a las palomas

que se posan en medio de la plaza.

—No... no.

—¿Cómo que no? ¿Dónde está viviendo Iria? ¿Está viviendo contigo?

Hay un momento donde Marc no contesta. El orden de las cosas no llega en el orden que llega a los demás.

—No... no.

Un niño asusta a las palomas. Marc se sobresalta y las sigue con la mirada.

—No la he visto. No sé... no sé nada de ella.

Una cuerda. Suena sola, sin querer, porque ha movido la mano.

—Bueno... no. No es cierto. Sí. Está en mi casa.

La cuerda todavía resuena un poco.

—Pero no estamos juntos.

—¿Cómo que no? O sea... ¿cómo que no estáis juntos si estáis viviendo juntos ya? Terminó como quien dice ayer con Bruno y hoy está viviendo contigo...

—Sí... o sea no, no estamos juntos.

Ajusta la cuerda que acaba de sonar. Como si necesitara hacer algo con las manos mientras ordena.

—Te he dicho que está en mi casa. Pero no estamos juntos. No es lo mismo.

—Entonces, ¿qué?

Marc mira la sexta cuerda y la pulsa. El sonido es grave, largo.

—Está en mi casa porque no tenía dónde ir, ha llamado a gente… y nadie podía. Nadie le ha dicho que sí… y tenía que irse de tu casa ¿no?

Mira a Joel. Luego al resto. Algo cambia en cómo está sentado, un ajuste del cuerpo, como cuando se va a decir algo que cuesta traducir.

—Y… a diferencia de vosotros.

Para.

—De vosotros… si os quedáis sin casa un día, podéis llamar a vuestros padres, a vuestros primos, a vuestros tíos. A vuestros abuelos. A… vuestros amigos de toda la vida.

Hizo una pausa por si alguien quería añadir algo, nadie dijo nada.

—Tenéis dónde ir… ella no. Y eso… le ofrecí mi casa.

Mira con aire distraído hacia las palomas que se habían vuelto a reunir en medio de la plaza.

—No quería venir, pero al final ha venido, pero no… no estamos juntos.

—Es verdad —dice Pablo—. Ha aceptado porque yo también hablé con ella. Y no… no están juntos. Si por «estar juntos» os referís a dormir juntos.

Marc aparta la mirada de las palomas y mira el disco, sobre la funda de su guitarra, sin abrir: The Pirate's Gospel, de Alela Diane. 2006 lanzamiento "oficial", repite en su cabeza la fecha. Luego recuerda que es el año en que conoció a Iria. Hace dos años. Pablo sigue hablando.

—No… Iria duerme en la habitación de Marc, él duerme en el sofá.

Marc mira la guitarra.

Pulsa la primera cuerda otra vez.


ALELA DIANE
THE PIRATE'S GOSPEL

Pensamientos

Están tumbados, la luz de la mesita todavía encendida, el silencio activo que no molesta a ninguno de los dos.

—Iria.

—¿Qué?

—En què penses?

Iria formula el pensamiento en palabras antes de que salga por la boca.

—En una relación que tuve. Durante una de nuestras pausas... Bueno, un amago de relación, no avanzó mucho.

—I què penses, exactament?

—Nunca entendí bien por qué ese chico tardaba tanto en contestarme. Sé que es una tontería, ya lo sé. Pero eso hizo que fuera perdiendo el interés sin remedio, y no quería perder el interés eh, el chico me gustaba... pero no sé, se apagó.

—Sigue... Tira del hilo.

—Mi mecanismo no funciona según la lógica que yo misma podría ponerle.

Marc se queda pensando, mirando el techo.

Jo crec que és fàcil pensar en algú. Dedicar-li temps. Contestarle algo, corto o largo, cuando te aburres, o a las dos de la madrugada cuando no puedes dormir.

—¿Y qué es difícil?

—Que algú aparegui quan estàs entretingut. Rient. Passant-ho bé de veritat.

Iria acompaña a Marc con la mirada en su recorrido por el techo.

—Potser també m'equivoco —añade Marc—. Ho dic per com em surt a mi l'interès. No sé si funciona igual en tothom.

Iria lo mira, algo más de cerca ahora.

—Tú siempre contestas rápido. Aunque sea para decir "ahora no puedo, te respondo luego".

Marc se ríe, bajito.

—Eso no es del todo cierto.

—¿Cómo que no?

—Perquè sempre acabo amb un "penso en tu". O un "et trobo a faltar". O un "t'estimo".

Iria se ríe también, esta vez mirando a Marc.

—Claro, porque es verdad.

—Sí. Ho és.



Respiro

—Marc... he estado pensando una cosa.

—Digues.

—Para que no te agobies cuando me voy... Y para que yo no me agobie cuando necesito irme.

—Quina idea?

—Un contrato. Ya hasta le pensé el nombre: "Respiro".

—I en què consistiria?

—Un protocolo de evasión para mí. Y uno de certezas para ti.

—Per exemple?

—Yo me agobio y necesito irme unos días sin explicarlo mucho. Explicarlo también me agobia.

—I jo necessito saber que no m'has deixat d'estimar. I que tornaràs. Si és el cas.

—Eso.

—No me parece simple.

—Yo te echo mucho de menos cuando no estás —dice Marc —, però si sé que tornaràs, crec que podria estressar-me menys.

—Puedo dejarte eso claro cada vez.

—Com?

—Un mensaje corto, nada más. "Torno."

—I quants dies, més o menys? No la data exacta. Només si és un cap de setmana o més.

—Eso también puedo decirlo.

—I les cançons?

—Cinco. Con mensajes dentro.

Marc sonríe.

—M'agrada.

Doctorado eterno

Están en la cama, la respiración todavía no del todo calmada. Marc mira al techo. Las líneas que van dejando los años sin renovar la pintura.

—Odio sentir esto como si fuera un adicto.

—¿El qué?

—El sexe amb tu. És addictiu. I això no m'agrada dir-ho així.

Iria se incorpora un poco, apoyada en el codo.

—Sigue. Me interesa.

Marc se queda pensando cómo explicarlo.

—Es que no es un deseo normal. Es... busco eso. Lo necesito. Y cuando lo tengo, quiero más. Y eso suena a un problema, no a amor.

—A mí me gusta que sea así.

—¿Por qué?

—Porque es como si estuvieras haciendo un doctorado eterno en mi cuerpo. Estudiando. Innovando. Probablemente es parte de por qué seguimos volviendo, cada vez que nos separamos.

Marc la mira algo aliviado.

—Así que un doctorado...

—Sí.

Se queda un momento en silencio, y luego Iria añade, más despacio:

—Tengo que reconocer algo. En los parones, tuve tres relaciones. Y nunca, con nadie, experimenté el sexo como contigo.

—Ja ho sé.

—Y eso me genera cierta incomodidad. Porque siento que el sexo es bueno por ti, no por mí.

Marc se gira hacia ella, serio.

—Quan jo he estat amb algú altre, tampoc era així.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces si me estudias a mí, deberías poder estudiar a otra persona también.

—No funciona així del tot.

—¿Por qué no?

Marc se queda pensando cómo decirlo bien.

—Que yo pueda estudiar y averiguar qué le gusta a alguien no significa que lo que le gusta a esa persona también me guste a mí. Ahí está la clave contigo. A ti te gusta la presión. A mí también. A ninguno de los dos nos gustan esas caricias que apenas rozan la piel... o no de cualquier forma... porque no las sentimos, y eso nos provoca rechazo.

—¿Rechazo?

—Sí. És com sentir veus i no saber d'on vénen.

Iria recibe las palabras y lo mira como si necesitara un momento antes de entender lo que Marc está diciendo.

—¿Y eso es lo que hace que funcione tan bien?

—Eso es lo que me parece increíble. Que haya alguien que sienta el tacto igual que yo. Y eso no es frecuente.

Se queda callado un momento, luego sigue, más bajo.

—Cada vez que estaba con alguien, en las pausas, después me sentía más solo. Tu ausencia se hacía aún más grande. Por eso decidí no liarme con nadie más las últimas veces.



—Esto es como aquellas canciones cursis que te gustan a ti. y es una putada.

—Per què?

—Porque yo también noto ese vacío. Después. Con las otras personas, también.

Se quedan los dos en silencio, mirando el mismo techo, cada uno con su propia versión del mismo hueco...



La piscina

La mochila estaba a medias sobre la cama. Marc continuó sacando cosas hasta que en el fondo, apareció la camiseta de Iria.

Gris. Gastada. Y un agujero pequeño en la manga izquierda que Iria nunca había cosido porque decía que los agujeros pequeños no contaban.

La desplegó. La miró. La olió sin pensarlo.
Podía sentir el detergente de Pablo. Nada más. La dejó en la cama y siguió con la mochila. Sacó el neceser. La sudadera. El cargador. Y entonces el cuaderno negro que no era suyo.

Lo abrió sin pensarlo.

La letra de Iria. Esa forma suya de hacer las aes, cerradas, casi como si no quisieran que nadie entrara. Las ges con el bucle largo. Notas sobre algo. Y en los márgenes, caras pequeñas, ojos, una mano con los dedos abiertos y muchos círculos pequeños.

Pasó páginas sin leer realmente. Solo viendo la letra.

Cerró el cuaderno. Lo dejó en la mesita.

No debería haberlo abierto.

Se tumbó en la cama con la ropa puesta y miró el techo. El mismo techo de siempre. La misma grieta en el ángulo derecho que llevaba ahí desde que tenía doce años.

Pensó en Iria escribiendo en ese cuaderno sentada en su cama de Madrid. Las piernas cruzadas. El pelo recogido con un bolígrafo.

Y entonces llegó el recuerdo. Sin avisar.

Iria sobre él. Moviéndose. Las manos de Marc en sus caderas. Mirándola. La respiración de ella cambiando de ritmo, cada vez más cerca, y ese momento exacto en que se inclinó y su boca estuvo cerca de su oído y el sonido que salió, bajo, casi sin querer, le recorrió la espalda entera de arriba abajo.

Marc sintió ese calor, ahora. El cuerpo recordando antes que la cabeza. Así llegaban siempre, sin pedir permiso.

Pensó: no.

No funcionó.

Bajó la mano despacio. Se tocó sobre el pantalón.

Pensó otra vez: no debería

Pero la mano siguió. Desabrochó el botón. Bajó la cremallera. Metió la mano.

Cerró los ojos.

Pensó en Iria. En cómo se movía. En ese sonido cerca de su oído. En la corriente bajando por su espalda.

Paró.

Abrió los ojos. Miró el techo.

Sacó la mano. Se abrochó rápidamente el pantalón. Se levantó y fue al baño. Agua fría en la cara. Se miró en el espejo.

Ella ya no estaba. No podía. No quería. Volvió al cuarto. Se tumbó otra vez. La tensión seguía ahí. Y los recuerdos también. Intentó pensar en otra cosa.
Miró hacia la ventana. Debajo estaba la piscina.

Marc: —Vamos a la piscina.

Iria: —No sé nadar.

Marc: —¿Qué? ¿Cómo puede ser?

—Nunca aprendí. Habré ido tres veces a la piscina en mi vida. No había... no había dónde. Ni cómo.

Pensó en la piscina. Iria agarrada a él con esa tensión de quien no confía en el agua pero confía en quien la sostiene.

—No me sueltes.

—Mai.

El peso de ella contra su cuerpo. Cómo se fue relajando despacio, sin darse cuenta.

—Estic aquí.

Pensó en que él siempre había tenido piscina en casa. En que Iria nunca había aprendido a nadar porque no había tenido dónde ni cómo. En que esas dos cosas existían al mismo tiempo, su piscina y la ausencia de piscina, y que a veces eso le pesaba de una forma que no sabía bien dónde poner.

—T'ensenyo a nedar, si vols.

—No. Ya asumí que no aprenderé.

—Pero yo no, que acabo de enterarme...

Se quedaron hasta que el sol empezó a bajar. Iria sin soltar. Él sin moverse.

Marc abrió los ojos, en el cuarto oscuro, en Barcelona.

La extrañaba. Cómo la extrañaba.

La camiseta seguía en la cama, a su lado. Ya no olía a ella. Olía al detergente de Pablo. A nada.

Marc no la movió.

Se quedó mirando el techo hasta que se durmió.





¿Estás en Madrid?

Están en un bar, Pablo y Marc, cervezas a medias.

—Oye, ¿sabías que Iria está en Madrid?

—No.

Pablo, sin más comentario sobre ello, sigue hablando de otra cosa.

Más tarde, ya solo, Marc saca el móvil.

Marc: Estàs a Madrid?

Iria: Sí. He venido a dar una formación para un claustro por el inicio del curso escolar. Me quedo unos días.

Marc: On et quedes?

Iria: En casa de Anna.

Marc: Vols que quedem?

Iria: Vale.

Se ven esa misma tarde en un café pequeño cerca de la filmoteca. Iria llega con los auriculares puestos, como siempre. Se los quita al verlo.

—Hola.

—Hola. Què escoltaves?

Iria le pasa los auriculares a modo de respuesta. Marc se pone uno, escucha unos segundos.

—El batiscafo. D'Antonia Font. 2006.

—Esa misma... Tú y las fechas.

—Sempre. Quina preciositat de cançó.

Se queda escuchando un momento más.

—Ja té onze anys, aquesta cançó. Com passa el temps.

Iria sonríe, recuperando el auricular.

Se sientan, piden algo, la conversación fluyendo fácil, como si el tiempo y la distancia tuviese un reloj diferente para ellos. Hablan del taller, de Toulouse, de la banda de Marc, de nada en concreto durante un rato largo.

En algún momento, el silencio se hace diferente entre los dos, distinto al resto de la charla, más cargado.

—Iria.

—¿Qué?

Marc no dice nada más, se acerca despacio, y ella no se aparta. Se besan, ahí, en la mesa pequeña del café, sin que

nadie a su alrededor les preste atención.

Se separan un segundo, Iria lo mira, se fija en sus ojos, en como la pupila empuja el azul hacia los bordes.

—Vine amb mi a casa —dice Marc, la voz baja.

—Vale.

Poesía

Pasan un par de días. Iria está en el sofá, el móvil vibra, ella sonríe al leer el mensaje.

Marc, desde la cocina, la ve sonreír.

—Qui és?

—Jordi. Me preguntó si voy al recital de poesía del viernes.

Marc se acerca, se apoya en el marco de la puerta.

—I vas a anar-hi?

—No lo sé todavía.

—¿Quieres que te acompañe?

Iria lo mira, sorprendida por la propuesta.

—¿Tú, a un recital de poesía?

—Sí.

—No te gusta la poesía, Marc.

—No m'agrada la poesia en general. Però m'agrada saber qui és en Jordi de veritat.

Iria se ríe.

—Eso es exactamente lo que pensaba.

—Doncs?

—Vale. Ven conmigo.

El viernes, llegan al local pequeño donde se celebra el recital, gente sentada en sillas plegables, un micrófono, poca luz.

Jordi los ve entrar, se acerca, algo sorprendido.

—¡Iria! No sabía que vendrías con... —mira a Marc, esperando presentación.

—Marc. Mi pareja.

—Ah, encantado.

Se dan la mano. Marc lo mira con esa atención suya, calibrando, sin decir mucho más.

—¿Y a ti te gusta la poesía? —pregunta Jordi, intentando ser amable.

—No especialment.

—Ah. Bueno, gracias por venir de todas formas.

—Volia conèixer qui li dona like a totes les històries de la Iria.

Jordi se queda un poco descolocado por la franqueza.

—Ah, això. Sí, bé, m'agrada donar suport a la gent del taller.

—A totes les persones del taller els dones like a totes les històries?

—Marc —dice Iria, con un tono de advertencia suave.

—Només pregunto.

Jordi se ríe, algo nervioso.

—Creo que Iria simplemente sube cosas más interesantes que los demás.

—Eso tiene sentido.

El recital empieza, Jordi se va a preparar su turno. Iria mira a Marc de reojo.

—¿Contento?

—Una mica.

—¿Solo una miqueta?

—Sembla inofensiu.

—Te dije que lo era.

—Lo sé, pero necesitaba verlo con mis propios ojos.

Iria le aparta de la frente un rizo que le cae sobre los ojos y se lo acomoda detrás de la oreja. Luego le coge la mano y se quedan ahí, sentados entre gente que Marc no conoce, escuchando poesía que no le interesa demasiado

Diez días

Iria cruza la puerta arrastrando la maleta. Marc ya está ahí, plantado en medio del pasillo, como si llevara horas ensayando dónde ponerse.

—Diez días —dice—. Los he contado. He dejado la luz del pasillo encendida diez noches, no porque necesitara ver, sino porque pensaba que, si volvías de madrugada, ni siquiera tendrías que buscar el interruptor. Y que lo sepas, que aquí siempre hay alguien que… Mira, eres la luz de mi vida, y lo peor es que lo digo sin ironía. Y que cuando te fuiste regué la planta dos veces porque no sabía qué hacer con las manos, y que…

—Dios mío, Marc. Eres terriblemente cursi.

Marc se queda con la frase colgando, la boca todavía abierta a medias.

—Sóc… sóc un cursi desagradable o un cursi guai? —pregunta, con la seriedad de quien de verdad necesita el dato.

Iria suelta la maleta y se le cuelga del cuello. Marc se endereza y los pies de Iria quedan un segundo suspendidos en el aire.

—¿Tú qué crees?

Y empieza a besarle la cara, sin orden, sin pausa, las

mejillas, la frente, la nariz, la barbilla, otra vez la mejilla, riéndose contra su piel.

—Te he echado de menos. Muchísimo. Muchísimo. Muchísimo.

—Iria, la planta...

—¿Qué planta?

—Res. Després t'ho explico.

Bilingüisme y cursilerías

Textos: Desde el borde. C. Garai
Dibujos y fotografías: En Llamas, Noam Fuego, C. Garai y Desde el borde.



Desde el borde zine

invierno 2025